

Representaos la furia con que estos lobos crueles se abalanzan sobre tan manso Cordero; su crueldad al tirar de las cuerdas con que le atan: le maltratan, le oprimen, le atropellan, le hacen sufrir cuanto de más cruel puede inventar una rabia largo tiempo reprimida en el favorable momento en que explota. ¡Cuántas veces le arrojan al suelo! ¡Con qué inhumanidad le arrastran y le pegan gritándole se levante! ¡Cuán pronto su audacia al verse impune llega al último extremo! ¡Oh Jesús! cuán triste es el preludio de lo que váis á sufrir por mí! ¿Qué podré hacer para aligerar el peso de vuestras cadenas, para reparar los ultrajes que por mí habéis sufrido? ¡Oh! al menos que este amor con que os entregáis á vuestros enemigos sea en adelante el que dirija los impulsos de mi corazón y me enseñe á sufrir con alegría cuanto tenga que padecer por Vos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO. — *Contemplar las personas.* — Jesucristo orando y resignado, son los dos manantiales de la fortaleza cristiana. — Los apóstoles, tímidos, inquietos.... dormían mientras Jesús rezaba.... Judas....! ¡Qué aire de hipocresía! ¡Oh abuso de la gracia á qué punto puedes conducirnos! — Satélices, soldados ¿qué van á hacer? Comparad sus sentimientos con los de su Víctima.

PUNTO SEGUNDO. — *Escuchar las palabras.* — De Jesús á Pedro: *Envaina esa espada.* Nuestras armas han de ser la paciencia y la oración. *¿Crees tú que no puedo rogar á mi Padre,* etc. Es su amor hacia nosotros el que le conduce á la muerte.... *¡Cómo! ¿No beberé el cáliz que mi Padre me presenta?* De Jesús á sus enemigos: *Habéis venido á prenderme con espadas y palos,* etc. *He estado todos los días con vosotros en el templo.... Pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas....* Sí, el pecador tiene su hora y Dios su eternidad!.... ¡Horribles tinieblas que impiden ver al pecador el abismo en que se precipita!

PUNTO TERCERO. — *Considerar las acciones.* — Jesús se presenta á sus enemigos impaciente de morir por nosotros. Los detiene para que puedan reflexionar. Los derriba con un soplo para demostrar su poder.... Les manda dejen en libertad á sus discípulos. Cura al criado del Pontífice á quien Pedro ha herido.... ¡Cuán endurecidos debieron estar para resistir á tantas gracias! — Ved con qué rabia se arrojan sobre El, é imaginaos la crueldad con que le tratan.

MEDITACIÓN LXXXIII

Jesús se entrega á sus enemigos

- I. Hace por nosotros el sacrificio de su libertad.
- II. Nos pide hagamos nosotros otro tanto de la nuestra.

PUNTO I

Jesús hace por nosotros el sacrificio de su libertad voluntaria, plenamente y para siempre

1.º Sacrificio voluntario. El divino Salvador tuvo el cuidado de hacernos ver que nadie podía quitarle la vida, y que era dueño de dejarla ó volverla á tomar cuando le pareciera. La espontaneidad de su inmolación la hace infinitamente más meritoria á los ojos de su Padre, y debe conmover nuestros corazones (1). Trata de convencernos plenamente acerca de una verdad tan propia para granjearse nuestro reconocimiento. Quiere enseñarnos que la causa de todos sus padecimientos es su intenso amor hacia nosotros.

Anuncia á sus enemigos antes de su llegada, sale á su encuentro, impide que sus discípulos se opongan á sus designios y cura milagrosamente una herida hecha en un arranque de indignación ¿Necesita acaso desenvainar la espada para oponer fuerza contra

(1) *Propterea me diligit pater, quia ego pono animam meam ut iterum sumam eam. Nemo tollit eam a me, sed ego pono eam a meipso* (Joan., X, 17, 18).

fuerza? Todo el Cielo, si El lo permitiera, correría á su defensa. ¿Y necesita acaso socorro alguno el que con un soplo pudo aniquilar aquellas miserables turbas? ¿Habrían llegado á levantarse si El nose hubiese dignado permitirselo? ¿Con qué imperio domina los acontecimientos! Los dirige con gran calma, mantiene inmóviles en su derredor á aquellos soldados, á pesar del furor que los anima, los obliga á escuchar cuanto se digna decirles; á dejar en libertad á sus discípulos. Si pierde, pues, la libertad, es porque El consiente en perderla. No es aquella rabiosa turba la que le prende, es más bien su enamorado Corazón el que se entrega.

¿Qué haría yo por un amigo que en mi lugar se hubiese dejado cargar de cadenas? ¿Qué exigiría yo de aquel que para librarle de ellas las cargara sobre mí? ¡Oh amor, cuán grande es tu poder, pues has hecho del Todopoderoso un esclavo! Redúceme también á ese estado; subyúgame, cautívame, pero de tal modo, que no pueda nunca separarme de Jesús cautivo por mi amor.

2.º Sacrificio completo hasta de lo que debía sufrir durante su Pasión; pues al entregarse á sus enemigos preveía el abuso que harían del poder que El les diera. Se veía ya arrojado á un calabozo, entregado á la insolencia de los soldados y criados, sirviendo de juguete al populacho más vil, atado á una columna y nadando en su propia sangre..., muerto en una Cruz. Al sacrificar su libertad hacía al mismo tiempo sacrificio de su honor y de su vida. Aceptaba los ultrajes que se le prodigarian al atravesar tantas veces las calles de Jerusalén, rodeado siempre de guardias, siempre atado como un malhechor de la más baja ralea, arrastrado de casa de Anás á la de Caifás, de aquí al tribunal de Pilatos, al palacio de Herodes... No, los suplicios que le esperan, las afrentas que va á sufrir no son bastantes á impedirle el obedecer á su Padre y el ardiente deseo de salvarnos. ¡Oh cautiverio doloroso y humillante para el Hijo de Dios, manantial perenne de gloria y consuelo para

sus discípulos! ¡Oh sagradas ligaduras, amables cadenas, de qué gozos inundaréis el corazón de los apóstoles y hombres de Dios, cuando se vean perseguidos, presos por haber predicado el Evangelio y defendido los intereses de Cristo! San Pablo no encuentra diferencia entre: *Pablo apóstol de Jesucristo y Pablo prisionero de Jesucristo*; tan glorioso estima el primero como el segundo. Se vanagloria de ello y cree le sirve de recomendación entre los fieles. *Soy yo el que os conjura, yo soy el esclavo de Jesús* (1). El pensamiento de que al entrar en la China podía ser cargados de cadenas y morir por su Salvador arrobaba á San Francisco Javier.

3.º Sacrificio constante y duradero: Jesús no vuelve á tomar la libertad que por nosotros ha sacrificado. Su amor hacia nosotros le ha convertido en esclavo de sus crueles enemigos: y seguirá siéndolo mientras no cese de vivir; lejos de sustraerse á sus ultrajes y á su furor, se deja despojar de sus vestiduras, flagelar, coronar de espinas, enclavar á una cruz... Presenta sus pies y manos á los clavos que deben traspasarlos, y consuma su sacrificio obedeciendo hasta la muerte. Concededme, ¡Dios mío! la gracia de comprender que el único modo de adelantar en justicia y de ser en vuestras manos instrumento de misericordia, es el de dejarme conducir en todo por vuestro espíritu: *Ecce alligatus, ego spiritu, vado in Jerusalem* (2). El de caminar siempre por la senda de la humilde dependencia, haciéndoos el sacrificio de mi libertad, ya que por mí Vos lo habéis hecho de la vuestra.

PUNTO II

Jesucristo nos pide el sacrificio de nuestra libertad

El sacerdocio es una verdadera esclavitud. No hay quien sea menos dueño de sí mismo que el Sacerdote.

(1) *Obsecro vos, ego vinctus in domino* (Eph, IV, 1, et passim).

(2) Act., XX, 22.

Pertenece á la Iglesia, á las almas, á todas las almas, pero en particular á aquellas que Dios le ha confiado; se debe á los pecadores para convertirlos, á los justos para dirigirlos..... Debe á todos su tiempo, su paciencia, sus cuidados, su vida; todos tienen derecho á reclamar sus servicios en lo tocante á la salvación. El es el servidor de los servidores de Cristo.

Todos los cristianos sacrifican al Salvador su libertad, cuando se unen á El por el Bautismo; pero el Sacerdote se estrecha más con El al darse á sí mismo para ser su ministro. Y cuando en el cumplimiento de sus deberes, tiene por emblema la caridad, proponiéndose en cuanto hace y sufre agradar á su Señor, es en realidad, y del modo más positivo el esclavo de Cristo. Ya no va donde quiere; es el espíritu de Dios el que le guía: *Cum esses junior, cingebas te, et ambulabas ubi volebas; cum autem senueris....* desde el día en que se consagra al Señor; *alius te cignet, et ducet quo tu non vis.* (1).

Me pedís ¡oh Jesús! el sacrificio de mi libertad, y queréis sea como el vuestro, voluntario, completo, que jamás se desmienta; me presentáis vuestras cadenas para que os ayude á llevarlas; el amor que me habéis profesado me da alientos para vencer mi repugnancia. Estar siempre sumiso, no apartarse ni un punto, ¡cuán duro es á la naturaleza! Pero soportar esta sujeción por Vos y con Vos ¡cuán dulce es esto para el corazón que os ama! Al darme vuestras cadenas, ¡de qué otras tan funestas me libráis! De no ser esclavo vuestro tengo que serlo de mis pasiones. Bendito seáis, Dios mío, ya que habéis roto mis cadenas, quiero llevar las vuestras. Estoy con Vos, y quiero estarlo para siempre. Concededme esta gracia, dad este gozo á vuestro siervo: *Lætifica animam servi tui quoniam ad te, Domine, animam meam levavi* (2).

(1) Joan., XXI, 18.

(2) Ps., LXXXV, 4.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Jesús nos hace el sacrificio de su libertad.* Sacrificio voluntario. El Salvador ha demostrado que los judíos no se hubieran apoderado de su Persona si El mismo no se hubiera entregado voluntariamente á ellos.— Sacrificio completo. Comprendiéndolos todos incluso los que debía sufrir en su dolorosa Pasión. Al sacrificar su libertad, hacía al mismo tiempo el sacrificio de su honra y vida. Aceptaba todas las afrentas y ultrajes que preveía. ¡Oh sagradas ligaduras, amables cadenas, qué gozo encontrarán en vosotros sus discípulos al verse perseguidos!...— Sacrificio constante y duradero. Concededme, Dios mío, la gracia de dejarme siempre guiado por vuestro espíritu y de caminar constantemente por la senda de una humilde dependencia.

PUNTO SEGUNDO.—*Jesucristo nos pide el mismo sacrificio.* El Sacerdote no es dueño de sí mismo; es menos dueño de sí mismo que un simple cristiano. Debe por completo á Dios y á las almas su tiempo, su vida, el ejercicio de todas sus facultades, y siempre que en todo cuanto hace y sufre no se propone otro fin que el de agradar al Señor á quien ama, es realmente el prisionero de Cristo. Dios mío, es verdad que me ofrecéis cadenas, pero ¿de qué otras tan infames no me libráis? De no ser vuestro esclavo tendría que serlo de mis pasiones. Y pues habéis roto las mías quiero llevar las vuestras.

MEDITACIÓN LXXXIV

Jesucristo sacrifica por nosotros su reputación

El más penoso de los sacrificios y el último que se lleva á cabo es el del AMOR á la reputación y el del deseo de ser estimado de los demás, fuentes en verdad de melancolía, inquietudes y pecados. Muchas veces deseamos no desagradar ya á Dios; pero al mismo tiempo anhelamos agradar al mundo. Sólo el ejemplo de la Pasión de Cristo puede apartarnos de esta funesta tendencia.

I. Cuál es la reputación que Jesús sacrifica por nosotros.

II. Cuál es la extensión de dicho sacrificio.

III. Con qué tranquilidad de espíritu lo realiza.

PRIMER PRELUDIO.—Recordar las calumnias y oprobios de que fué objeto el Hijo de Dios, su silencio y paciencia cuando todo hacía creer que estaba obligado á hablar y obrar.

SEGUNDO PRELUDIO.—Alejad de mí, Divino Maestro, todo amor desordenado de la reputación, enseñadme á no apreciar en más que Vos mismo la apreciasteis la estimación del mundo: hacedme ambicionar como Vos ambicionasteis el honor de ser despreciado por él.

PUNTO I

Cuál es la reputación que sacrifica Jesús por nosotros

Jamás hombre alguno ha tenido reputación ni tan brillante ni tan justamente adquirida, ni que con tanta facilidad hubiera podido conservar como nuestro Divino Salvador; y más aún á quien su conservación le hubiera sido más necesaria según el parecer de los hombres.

1.º Reputación brillante.—¿Qué no se había dicho en gloria de Jesús? ¿Qué no se había admirado en El? ¿Cuánta no fué su sabiduría? A la edad de doce años asombra á los doctores. ¿Cuántas veces después no confundió el orgullo de estos doctores de la ley? ¿Cuál no fué su poder? La mar y los vientos, el Cielo y la tierra, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte habían obedecido á su voz. ¿Qué penetración de espíritu la suya! Frecuentemente hizo ver que los más secretos pensamientos no le eran desconocidos y que leía en los corazones.—*Señor, veo que tú eres profeta.—Venid á ver un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho.*(1) ¿Qué inocencia y qué santidad! ¿Quién de vosotros me acusará de pecado? Y

(1) Joan., IV, 29.

los fariseos, sus enemigos, no respondieron á este reto otra cosa, sino el reprocharle porque visitaba á los pecadores y comía con ellos. A El acuden para hacerlo árbitro que falle en sus desacuerdos. Declaran públicamente que enseña el camino de Dios en toda su pureza. Lo reconocen por el Mesías ó al menos por un profeta enviado del Señor: *Hosanna filio David. Benedictus qui venit in nomine Domini* (1).

2.º Amplitud de su reputación.—En todas partes era conocido, estimado y reverenciado. En Jerusalén, donde había devuelto el uso de sus miembros al paralítico de treinta y ocho años y curado súbitamente al ciego de nacimiento. En la Judea cuyas ciudades, pueblos y caminos repercutían la gloria de su nombre. En Galilea donde había resucitado los hijos de la viuda de Naim, apaciguado tempestades y hecho pescas milagrosas. En Samaria donde creyendo en El por la palabra de una mujer, decían: «Nosotros creemos en El porque nosotros mismos lo hemos visto y oído.» ¿En las provincias de Tiro y de Sidón de donde los afligidos venían á El (2) para buscar el remedio de sus males y volvían sanos?

3.º Su reputación justísimamente adquirida. Estaba fundada en una vida de virtudes y milagros, en obras hasta entonces por nadie practicadas, en los oráculos de los profetas cumplidos en El de un modo exacto, en prodigios numerosísimos é indudables, entre otros varias resurrecciones en las puertas de Jerusalén á la vista de todos, en beneficios de que daban testimonio los mismos que los habían recibido. Uno decía: Yo era ciego y El me ha devuelto la vista: otro clamaba: Mi hijo había muerto y El lo resucitó: á este se oía decir: Caí al mar y El me salvó de sus olas, y por último alguien profería estas palabras: Yo he comido del pan multiplicado por El en el desierto.

(1) Matth., XXI, 9.

(2) Luc., VI, 17.

4.º Reputación que le hubiera sido muy fácil conservar intacta, para lo cual, al parecer, le asistían muy sólidas razones. Si hubiese abierto su boca para defenderse, cuando el gobernador romano le invitaba á ello (1) ¿no hubiera su divina elocuencia confundido á sus enemigos y vuelto contra ellos la indignación pública? Las declaraciones de los testigos se destruirán las unas á la otras; la falsedad de las acusaciones era tan evidente que con sólo llamar levemente la atención de los circunstantes los hubiese convencido; la mala fe de sus acusadores, su reconcentrada envidia eran potentes. Pilatos confesaba su inocencia; Herodes le era propicio; el pueblo fácilmente habría vuelto á sentir el afecto que siempre le había profesado....

Por otra parte parecía que no era conveniente dejar sin contestar las odiosas imputaciones que se le hacían y que tan desastrosa impresión causaba en los oyentes.... ¿No podría achacarse su silencio á locura ó ceguedad? ¿Y á dónde iría á parar su celestial doctrina, su divina misión, su incipiente obra de regeneración, si moría cubierto de infamia?... No, jamás se reunieron tantas circunstancias para obligar á un hombre á justificarse; y Jesús, sin embargo, calla. Era necesario este remedio á la ceguedad que nos impide conocer la nada de las criaturas, de sus censuras, de sus alabanzas.... Con este ejemplo á la vista ¿no acabaré de comprender, Dios mío, que Vos sólo sois de quien yo debo desear la estimación y temer la censura?

PUNTO II

Como el Salvador nos sacrifica su reputación

De la manera más completa, más universal más propia para deshonrarlo sin compensación si hubiera sido posible.

(1) *Pilatus.... interrogavit eum, dicens: Non respondes quidquam?* (Marc., XV, 4).

1.º Su difamación es completa ¿Qué le queda de su renombre tan glorioso y tan justo? ¿Qué ha sido de su sabiduría? Parece que no tiene ni una palabra que decir en su defensa, se le mira como un insensato. ¿Y su poder? diríase que no tenía fuerza con que deshacerse de sus ligaduras; parece que no podía nada contra sus enemigos. ¿Y su penetración? ¿Y sus luces? Velado el rostro y desafiado á adivinar quien le ha herido, su silencio parecía confesar su ignorancia. ¿Y su virtud y su santidad? Se le condena como rebelde, como blasfemo, como hombre cargado con todos los crímenes, igualmente odioso al Cielo y á la tierra.

2.º Pierde su reputación en todas partes; su difamación se extiende más aún que su gloria. En Jerusalem es condenado y llevado al suplicio como un insigne malhechor, en el tiempo de la Pascua, en la festividad más solemne del año, en presencia de una multitud innumerable compuesta de diversos pueblos; el mundo entero es en cierto modo testigo de sus oprobios, del triunfo de sus enemigos y de su infamante muerte.

3.º Por último, su difamación se halla revestida de las formas más desesperantes. Si no hubiese escribas y fariseos, poco habría sufrido su reputación; la envidia, la perversión de estos era bien patente; pero es condenado en todos los tribunales; en el tribunal de los doctores de la ley que decide que su doctrina estaba llena de impiedades y blasfemias; en el del Sumo Pontífice y sacerdotes que lo declaran enemigo del templo y de la religión; en el de un rey que decreta que su aparente sabiduría es una demencia; en el del magistrado romano, que si hubiere intentado absolverlo, se hubiera creído que iba sin razón en contra del juicio de todos; en el tribunal de todo el pueblo que parecía querer desquitarse de los aplausos que antes le había tributado mostrando más ardor, más unanimidad en pedir su muerte que antes al aclamarlo en triunfo; aun en cierta manera en el tribunal de sus mismos discípulos que entregándolo

y abandonándolo parecían convenir en creerlo culpable, por lo menos de alguno de los delitos que se le imputaban. ¿Y será posible ¡oh Salvador mío! que yo ansie ser estimado de un mundo que os ha despreciado tanto y del que no habéis recibido sino menosprecios? Señor, humillad mi orgullo, porque sé que si os agrado, desagrado al mundo: *Si hominibus place-rem, Christi servus non essem.*

PUNTO III

Con que tranquilidad de alma nos hace Jesús el sacrificio de su reputación

Cuando se tiene en cuenta lo que es, las adoraciones que merece El y los ultrajes de que fué colmado, causa asombro nó ver á todas las criaturas armarse para vengar su honor; se desearía al menos que antes de morir hiciera El mismo brillar á la faz del universo su inocencia..... Mas no, perdona y calla; todo lo puede y no hace nada; *se hace semejante á un mudo, no abre su boca, como si no tuviera nada que replicar*, á pesar de los motivos tan fundados que parecían imponerle la obligación de defenderse. ¡Oh silencio adorable! ¡Cuán vivamente hechas en cara nuestras quejas y desesperaciones por miedo á que se ataque nuestra reputación! ¿Es por ventura esta más necesaria, se halla tan extendida, es tan bien fundada, es tan indignamente ofendida como la del Hijo de Dios? ¿Qué es, pues, lo que tanto nos alarma? Una palabra que pasa, una conversación cuyo recuerdo se borrará bien pronto, todo lo más, un poco menos de consideración ante un reducido número de personas.... Y qué, ¿por tan poca cosa perder la tranquilidad del alma, incapacitarse para orar?... Una gran reputación es siempre una gran carga y á menudo un gran peligro (1).

(1) Se cuenta de un santo personaje, que visitando á un célebre predicador en ocasión de hallarse este muy felicitado

¡Oh Señor, yo me humillaré más que hasta ahora y seré humilde á mis ojos! (1). *Haced que yo ame el ser desconocido del mundo* (2) *y tenido por nada; porque he elegido ser abyecto en la casa de mi Dios* (3). *Colocad guarda de circunspección sobre mis labios, á fin de que mi corazón no se deje ir á buscar excusas* (4). A imitación de tantos santos y ejemplo vuestro, guardaré silencio cuando permitáis que yo sea el blanco de calumnias y ultrajes.

En la preparación para la Santa Misa y en la acción de gracias ofreced á Jesucristo sacrificio por sacrificio. Pedidle que disponga según le plazca de vosotros y de vuestra reputación para su gloria, para vuestra santificación y para la salvación de las almas.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*¿Qué reputación nos sacrifica Jesús?*—Reputación brillante. ¿Qué no se habrá admirado en El? ¿Qué sabiduría á la edad de doce años y en su conducta con respecto á sus perseguidores! ¿Qué poder! ¿Qué penetración de espíritu! ¿Qué inocencia de vida! —Reputación universalmente extendida: en Jerusalén, en la Judea, Galilea, Samaria, en las provincias de Tiro y Sidón. Reputación la más justamente adquirida: se fundaba en una vida de santidad y milagros, sobre beneficios atestiguados por los mismos que los habían recibido.—Reputación que le era muy fácil conservar y que muy sólidas razones parecían persuadir á que se conservase..... Dios mío, al fin llego á comprender que Vos sólo sois de quien debo desear la estima y temer la censura.

causando admiración por sus brillantes éxitos, en lugar de asociarse á aquellas manifestaciones le dijo: «Querido compañero, si Dios quiere que os salvéis, esperad grandes humillaciones, porque hasta aquí he visto en vos pocas señales de predestinación.»

- (1) II Reg., VI, 22.
- (2) Imit., I, III, c., XV.
- (3) Ps., LXXXIII, 11.
- (4) Ps., CXL, 3, 4.

PUNTO SEGUNDO.—*Como el Salvador nos sacrifica su reputación.*—La pierde por entero. ¿Qué ha sido de su sabiduría?... ¿Y su poder? ¿Y su penetración? ¿Y su virtud? La pierde por todas partes. Su difamación se extiende más que lo había sido su renombre. El mundo entero es en cierto modo testigo de sus oprobios.—Esta difamación está revestida de las formas más aterradoras. Es condenado en todos los tribunales: los doctores de la ley, los pontífices, Herodes, Pilato, todo el pueblo le condena y aun en cierta manera también es condenado por sus propios discípulos.

PUNTO TERCERO.—*Con qué paciencia nos hace Jesús este sacrificio.* Cuando se recuerda lo que El es, causa asombro no ver á todas las criaturas armarse para vengar su honor. Se querría al menos que antes de morir hiciese brillar su inocencia. Perdona y calla. ¡Oh silencio adorable! ¡Cómo reprenden nuestras murmuraciones y quejas por miedo que se ataque nuestro honor!....

MEDITACIÓN LXXXV

Jesucristo en casa de Caifás.—Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar la acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Jesús es interrogado por el sumo sacerdote; al responder recibe una terrible bofetada. Interrogado nuevamente y obligado en nombre del Dios vivo á decir si es verdaderamente su Hijo, El lo afirma y dice que aquellos que ahora le juzgan serán un día juzgados por El.... El Pontífice rasga sus vestiduras. Todos unánimemente declaran que es digno de muerte: después lo entregaron á los insolentes soldados para que se mofaran de El en el resto de la noche (1).

(1) Joan., XVIII.—Marc., XIV.

SEGUNDO PRELUDIO.—Representaos la sala del consejo á todos los príncipes de los sacerdotes, un gran número de escribas y fariseos reunidos en asamblea: colocaos en un lugar desde el cual podáis verlo y entenderlo todo.

TERCER PRELUDIO.—Pedid perdón á Jesucristo de todas las afrentas que por vosotros sufrió en su Pasión y principalmente en aquella espantosa noche que pasó en la casa de Caifás. Pedidle que incline vuestro corazón al amor de los desprecios, ó al menos que os haga sobrellevar con paciencia ante esa consideración lo que El buscó ardientemente por amor vuestro.

PUNTO I

Contemplar las personas

Los jueces, los encargados de la ley reunidos en audiencia; la sala se halla repleta.—El soberano Pontífice, vestido con la mayor magnificencia, está en su trono atento para hacer respetar su dignidad.... Su aspecto y ademanes revelan ora la impaciencia, ora la hipocresía ó su soberano orgullo.—Los príncipes de los sacerdotes, los escribas, todos los que deben administrar justicia ocupan ya sus respectivos puestos y dan muestra de estar complacidos.... Un arranque de alegría se manifiesta en la asamblea, una feroz satisfacción se ve dibujada en todos los semblantes cuando el adorable y supuesto criminal es introducido, cargado de cadenas y rodeado de guardias. Mirad á Jesús el Santo por excelencia, la santidad misma, conducido al banco de los acusados.... Lo atan con rigor y con todas aquellas precauciones que suelen tomarse cuando se trata de un gran malhechor, que largo tiempo se han hecho temer.... Sin embargo conserva la mansedumbre del cordero; su continente respira la más noble modestia, y todas sus miradas la más perfecta tranquilidad. Observad también en aquella sala á los criados y soldados que le miran